

de la verdad de su origen y de su realidad familiar y social. “El Mongo-Mongo” muestra la cotidianidad, el origen de los negocios, la idiosincrasia de los políticos y hombres locales que todo lo acomodan a su gusto. “El rompeolas” revela la sombra del incesto y el conflicto de casar a dos hermanos que no conocen su origen común, y donde la madre de la hija prefiere que la boda siga adelante, por parecerle lo más conveniente. En “Sopla el viento”, el delirio y la locura de Alicia parecen sugerir abandono y maltrato, pero el esposo la acoge y todo parece volver a la normalidad.

“Salino de amantes” muestra esa otra faceta tan arraigada en las culturas afroamericanas e indígenas, y también en las euroamericanas, en las que las pitonisas, adivinos y brujos determinan el destino de los humanos; pero en este cuento, la pitonisa desorienta a la ingenua muchacha, porque resulta que el novio de ésta, por quien anda preocupada, es el buen amante de la pitonisa y, para mayor ironía, el hermano del joven es el ayudante de la adivina. En “Los turistas cenar tarde” se muestra la faceta de la religión como puente para que el penitente conozca el mundo a partir de la penitencia impuesta por el confesor. “Ritual de las mareas” es el rescate del viejo que, a punto de morir, también está a punto de ser expropiado por sus hijos, pero la fidelidad de la amante del viejo lo recupera y le salvaguarda sus propiedades, y el viejo vuelve a su disipada vida como si hubiera resucitado. Los últimos cuentos del

libro: “¿Y sus demonios cómo están?”, “Mar insomne” y “Lejos del Mediterráneo”, narran el amor impensado pero posible, la unión de una nativa con un pañamán, y el engaño.

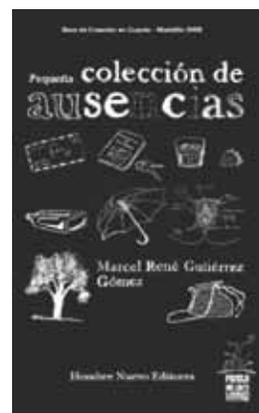
Heliodoro Viñas, Mr. Luther Wilson, Séfora Damaris, Eloíno Mata, Gino de Salvo, Milton Murillo, Violeta Linares, y otros muchos, se pasean por estos cuentos y conforman la gran sociedad de San Gregorio e islas, esa Bahía Sonora de la que tanto nos ha contado Fanny Buitrago, la costa Caribe colombiana y sus islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, un mundo también parroquial, del chisme cotidiano, de vidas abiertas aunque recatadas, de miserias humanas, de engaños, de trampas, de seducciones, de amoríos, de enriquecimiento, de politiqueros, de aprovechados y de engañabobos.

Estos cuentos, cuyo título engaña al sugerir una religiosidad ausente o profanada, son también un ritual de lo anodino, de lo superfluo y, paradójicamente, de lo esencial de la vida de una sociedad enclaustrada, es decir, aislada y excluyente. La historia dirá muchas cosas de lo que han sido las islas para Colombia, pero las novelas y cuentos de Fanny Buitrago muestran la vida de ellas en su vaivén, como las olas de sus playas, y en su quietud, en su modorra y en su apasionada existencia; en su subsistencia y en el divagar y ociar como forma de vida; en su idiosincrasia y en la manera como los isleños y avenidos adoptaron el mundo “civilizado” y trastocado de Occidente, de influencia anglosajona y de tradición africana,

contaminada a la vez por las sutiles invasiones del continente: caleños, bogotanos, cordobeses, costeños y antioqueños, con sus costumbres y miserias y torpezas, que han llevado a las islas y en ellas se han afincado bajo máscaras de legalidad, cultura, autoridad, tradición, religiosidad y politiquería. ■

Óscar Castro García

Pequeña colección de ausencias



Marcel René Gutiérrez Gómez
Hombre Nuevo Editores y Secretaría de Cultura Ciudadana del Municipio de Medellín
Medellín, 2010
78 p.

*¿En qué hondonada esconderé mi
alma
para que no vea tu ausencia
que como un sol terrible, sin ocaso,
brilla definitiva y despiadada?
Tu ausencia me rodea
como la cuerda a la garganta,
el mar al que se hunde.*

“Ausencia”
Jorge Luis Borges

Marcel René Gutiérrez Gómez es un joven escritor que gracias a una beca de creación de la Alcaldía de Medellín terminó de escribir su segundo libro de cuentos *Pequeña colección de ausencias*, compuesto por nueve historias que narran las vicisitudes a las que nos enfrentamos los seres humanos cuando convivimos con la soledad, el silencio, el amor perdido o el olvido que muchas veces deseamos pero que tarda en llegar. A través de una prosa sencilla introduce al lector en cada historia, las cuales, sin trucos literarios ni efectos narrativos, tienen la fuerza de llevarlo por un viaje con un deje de tristeza que le remueve algo por dentro, un pedazo de vida que muchos buscamos esconder u olvidar.

Decir que son cuentos tristes sería decir poco; aunque no se falta a la verdad, no es suficiente para expresar las sensaciones que dejan a su paso. Es tal vez eso indefinible que nos trae la tristeza lo que tienen en común estos cuentos, que bien fueron nombrados como “pequeña colección”. Los seres humanos compartimos parte de la vida con la ausencia. Lo que me hace pensar por qué utilizar la palabra ausencia en lugar de soledad. Tal vez sea porque la soledad es un hecho individual que en algunas excepciones puede vivirse sin la sombra de alguien, en cambio la ausencia está delimitada por la falta de otro o de sí mismo. Las acepciones de ausencia van desde estar ausente hasta sentir la falta de alguien o algo; si se piensa bien, en algún sen-

tido, todos estamos siempre ausentes y al mismo tiempo sentimos la ausencia de otros. De modo que la ausencia es tal vez la sensación que más está presente en la vida. En psicología, el término se estudia aplicado al sujeto mismo. Es decir, no se estudia la ausencia de otro, sino de uno mismo. Otra de sus acepciones se utiliza para hablar de un sujeto que está distraído por alguna razón que afecta su ánimo y lo obliga a no prestar atención en situaciones determinadas. De estos y otros diferentes tipos de ausentes está lleno este libro de cuentos.

“Correspondencia”, el primer cuento, narra la historia de un hombre que después de años de ausencia recibe una carta de la mujer que amó. Son explicaciones de las que él ya no quiere saber nada; lo que había creído olvidado regresa a él para recordarle que no es simplemente un hombre que vive en soledad, sino un hombre abandonado. Al finalizar una relación, el más infeliz de los amantes es aquel que recibe la notificación del fin. En esos momentos se siente que el mundo deja de girar, la vida pierde el sentido, todo cambia... Se viven días que pasan y pasan, pero en los que no se está presente. Es sólo el cuerpo el que resiste el trasegar. El abandonado está ausente de su propia vida. La otra cara de la moneda está en el último cuento del libro “Pintura para la memoria”: en él también es un hombre el abandonado, quien vive la ausencia; la historia ocurre de la misma forma años después,

pero su fuerza como cuento está en que el punto de vista recae sobre la mujer, la que decidió abandonar, y no sobre la tragedia del que sufre. Un día los dos se encuentran; ella, al verlo materializarse después de tanto tiempo, se llena de angustia, teme un reproche o un maltrato del que se sabe culpable. No desea verlo a la cara ni que él sepa que ella está presente. Lo dejó porque sentía que con él no encontraría un futuro y, aunque verlo tocar la guitarra y cantar por algunas monedas le da la razón, no logra encontrar las fuerzas para enfrentar la situación; es él quien con bastante dignidad, como aquel que está feliz por las decisiones que ha tomado en la vida, le dice: “¡Lástima linda, vos no lo quisiste!”.

La ausencia está presente en la vida de todos, la diferencia radica en la forma como cada uno lo asume: con el licor, con la soledad, con el odio, con el reproche, con sexo... No importa la forma como se decida enfrentarla: la ausencia duele mucho más que la soledad. No es lo mismo sentirse solo que saberse abandonado. En el primer caso surgen preguntas que están dirigidas, tal vez, hacia la forma de terminar ese estado; pero el vacío que inunda la vida cuando no se tienen las respuestas de por qué el ser amado dejó de amar, no tiene comparación. En los cuentos de *Pequeña colección de ausencias* se encuentra una postura estética frente a este tema con el que debemos aprender a vivir. En la “Viuda”, por ejemplo, se lee (casi se escucha) el monó-

logo de la mujer que llora a su esposo muerto haciéndole preguntas que él jamás podrá contestar. “En la fila” se evidencia la forma de huir de sí mismo a través de la palabras; hablar y hablar, así no tenga sentido ni coherencia ni destinatario fijo. Este cuento demuestra que ha sido y será siempre la palabra la que puede contrarrestar la ausencia.

En el poema “Ausencia”, de Jorge Luis Borges, el hablante lírico pregunta: “¿En qué hondonada esconderé mi alma/ para que no vea tu ausencia/ que como un sol terrible, sin ocaso/ brilla definida y despiadada?”. La hondonada es un espacio de terreno hondo y, ¿qué hay más hondo que la palabra? Es en ella, en la palabra, donde se encuentra la respuesta a la cuestión planteada. La palabra crea el vacío pero también lo llena. A través de ella Marcel René Gutiérrez escribe estos nueve cuentos que hacen parte de las narraciones que exploran el dolor humano. Todos y cada uno de ellos develan que la vida también es triste. ■

Carlos Albeiro Agudelo



Una buena “segunda parte”

La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina



Stieg Larsson
Ediciones Destino
Barcelona, 2008.
749 págs.

“Nunca me ha despertado simpatía la gente que se toma la justicia por su mano. Por otra parte, nunca he conocido a nadie que tuviera tan buenas razones para hacerlo. Aun a riesgo de parecer cínico, lo que ocurra esta noche ocurrirá al margen de lo que tú y yo pensemos. Está escrito en las estrellas desde que ella nació” (p. 731). Son las palabras de Dragan Armanskij, personaje secundario de *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina* (2006), segunda entrega de la muy famosa “trilogía Millenium” de Stieg Larsson, y, aunque suene exagerado por tratarse de una novela de 749 páginas, es la frase que recoge el sentido de todo el libro.

En efecto, es la justicia que Lisbeth Salander se toma por su propia mano lo que constituye el tema de la novela de principio a fin. La frase del ex jefe de Salander es uno de los tantos gestos de condescendencia que muestra el narrador hacia el lector, puesto que en este libro, a diferencia de lo que ocurre en la primera entrega (*Los hombres que no amaban a las mujeres*), quien lee tiene muy claro desde el principio —de hecho, desde el título— que la trama girará alrededor de un “ajuste de cuentas” entre la protagonista y su padre.

Este hecho, lejos de constituir una debilidad, en la medida en que a casi nadie le gustan las novelas predecibles, constituye, desde mi lectura, su principal fortaleza. En *Millenium 1*, libro que ha sido la sensación entre muchos amigos lectores durante los últimos meses (y la de muchísimos lectores en el mundo, incluyendo al premio Nobel del 2010, durante los últimos años), se está frente a una novela policiaca cuya única particularidad ante las máximas representantes del género consiste en que el “detective” no sólo es una mujer, sino que se trata de una bisexual conflictiva, experta en computación y con el cuerpo plagado de *piercings* y de tatuajes.

La trama, por consiguiente, está centrada en el esclarecimiento de un misterio (en este caso, la desaparición de Harriet Vanger), es decir, en la manera en que los investigadores reúnen pistas, buscan sospechosos, obtienen conclusiones, se acercan a la verdad o se alejan